

Arturo Torres Rioseco

Recuerdo de Raimundo Echeverría y Larrazabal



Alto, garboso, sonriente en la gloria de tus diez y seis años, te veo en la distancia, Raimundo Echeverría. Mis ojos, turbios de ver tierras y mares, tristes de vida, vuelven, muertas mariposas, a las tardes de Talca, amarillas de hojas y de sol. Vuelven, y a tu lado recorren calles grises, dulces alamedas, casas de adobe, ventanas amigas. Por allí fuimos, Raimundo, una tarde de otoño, hasta el río Claro, bajo árboles, sobre piedra y polvo, unidos en la juventud, la emoción, la belleza. Y una noche, cielo bajo, luna de cobre, ante dos ventanas nuestras sombras, suspiros de niñas, palabras lánguidas, susurros, besos, risas:

Manos, manos provincianas
que mueven un romántico pañuelo
desde una lírica ventana.

Manos, yo tengo un corazón
que está soñando en el consuelo
de unas manitos de emoción.

Otra vez, diez y siete años, sí y no, ruta de San Javier, furiosos galopes de caballos, floridas zarzamoras, álamos y sauces, trinos de pájaros y charlas. Y en Constitución, confianzas en crestas azules de olas, en las rocas bebiendo sol y aire, abejas de las palabras en la brisa. Contigo otra vez, tierras del Maule, de González Bastías, áridas acaso, más tibias, regazo para sueños, en el tren chico, chico y grande, por ser nuestro, claro, íntimo. En Colín, donde había burritos, patos de buches verdes, piedrecillas entre rieles, rosas silvestres:

Andaba triste en la ciudad,
andaba triste en los caminos,
la maravilla de tus ojos
se había ido de mis ojos . . .

Vuelven mis ojos a Santiago, contigo, olvidadas dos novias, bares de San Diego, cola de mono, sopa de camarones, ojos embrujados, albas verdes. Contigo, en el Parque Forestal, en el Cousiño, en el Santa Lucía, patios del Pedagógico, Selva lírica, Carlos Ibar, los ojos de la Albertina y el ajenjo. Tú, ya más alto, hombre ya, todo un hombre, siempre de negro, menos sonriente, con aire de actor trágico, o cómico, príncipe en la Fiesta de Primavera. Bailes en salones opacos, cachos en cantinas, y en las madrugadas, brazo en brazo, hacia el ensueño y el olvido:

Ambulé por los bares
desteñidos como un Dios,
mis manos afiebradas
tomaban las copas empañadas,
llenas de alcohol,
y sentía que entraba
ese vino en mi vida
como un gran corazón...

Y después, yo solo, a la conquista de El Dorado, en mares agitados, ciudades extrañas que tus ojos no vieron, mujeres que tú nunca conociste y que hubieras amado, ojos de azul y oro, cabelleras ardidas. Viena, Londres, París, Sevilla, Nueva York. Cartas mías, maravilladas; cartas tuyas, rotas, desmayadas. Luego, túnel negro, frío, luz a los dos extremos, paisajes que eran otros, voces no oídas. Y tú, en el ensueño:

Capitán, padre mío,
capitán de navío:
¿Dónde están
las ciudades azules
y los puertos sombríos?..
Capitán, padre mío:
¿Dónde están, dónde están?..

Y un día, en Minnesota, nieve afuera y adentro, en «Atenea», la noticia de tu partida. Dolor recogido enrollado, que no ha salido nunca, que no saldrá, ya por

diez años, que no comprende nadie, hombres de piedra, mujeres de piedra, libros de piedra. ¿Qué fueron esos años de la ausencia? ¿Qué amigos escucharon tus versos? ¿Qué mujeres te besaron los ojos? ¿Hallaste alguna vez la mujer imposible de los cuentos? ¿O son tus versos el hipo agónico de nuestro gran fracaso, el ansia nunca satisfecha, el dolor del agua en la roca?

He vuelto, Raimundo; he vuelto catorce años más tarde. En el viejo Liceo destruído se había borrado tu sombra; nuestras calles talquinas, con musgo entre las piedrecillas negras, eran otras; las campanas de San Juan de Dios y de San Agustín estaban tristes; en la Alameda, sólo en mi corazón tu recuerdo. Y esas niñas amables, tampoco estaban, se habían muerto, se habían diluído en la distancia. Como una elegía dulce esos nombres, Elena, Marta, María.

No, no pude ser el otro y huí, acaso para siempre, del recuerdo. Cantaba el río Claro tus canciones y el sol lloraba en los tejados tus últimas estrofas:

En este silencio cristalino
vivo la sombra de muertos,
porque todas las actitudes inconclusas
se duermen para siempre
en el fondo de los pueblos.

Y en Santiago, lo que vieron tus ojos, fué mío, profundamente mío, en el abandono en que quedaste. Pero no, dedos de hermana, trémulos de llanto, recogían tus

versos, en las mañanas claras de San Javier. Y en los labios de Jerónimo Lagos, iba tu nombre, hecho plegaria y lágrima, en el pedernal de la amistad.

Ahora, ante tus versos, mis años; ante tu vida, mi muerte. Mi destierro, ahora eterno, arrodillado ante tus poemas. Aquí, a mi lado, vestido de negro, alto, garboso, pálido, chica la boca, suaves las pupilas, finas las manos, a mi lado, en mí, como en San Diego, como en Talca, como en Colín, donde había burritos y patos con pechugas verdes:

Ya no queda nada,
los ojos fugaces
de los antifaces
tienen la mirada
triste y espantada...
¿Qué estaré yo muerto?
Alguien ha apretado
las manos heladas
con cien mil candados
locos y embrujados
que no cantan nada...
¿Qué no habrá llegado
la caja cerrada?

